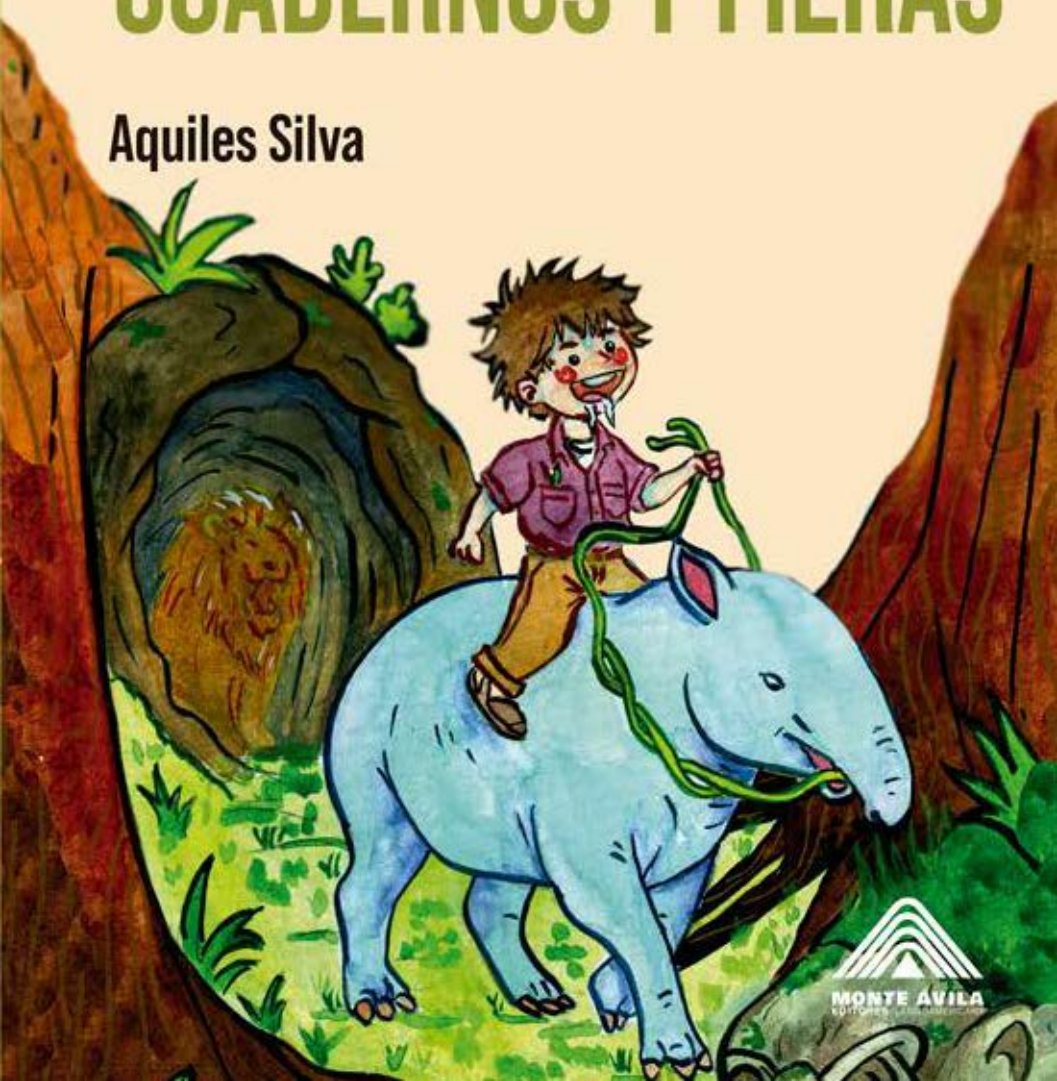
II BIENAL NACIONAL
DE LITERATURA CARMEN DELIA BENCOMO
INFANTIL - 2025

JALICO, ENTRE CUADERNOS Y FIERAS

Aquiles Silva



MONTE ÁVILA

Jalico,
entre cuadernos y fieras

II Bienal Nacional de Literatura Infantil y Juvenil
Carmen Delia Bencomo
Narrativa Infantil y Juvenil
GANADOR 2025

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana
y Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo, 2026

Jalico, entre cuadernos y fieras
© Aquiles Silva

Diseño de colección
José Gregorio Vásquez

Ilustraciones
Ludwianna Piñero

Montaje de portada
Arturo Mariño

Corrección
Olga Molina y Ennio Tucci

Diagramación
Odalis Vargas

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2026
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El
Silencio. Municipio Libertador, Caracas 1010,
Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.04.44
www.monteavila.gob.ve

Hecho el depósito de ley
Depósito Legal n.º DC2026000240
ISBN 978-980-01-2609-7

Aquiles Silva

Jalico, entre cuadernos y fieras

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

Carmen Delia Bencomo
FONDO EDITORIAL
-IBIME-

II Bienal Nacional de Literatura Infantil y Juvenil Carmen Delia Bencomo

Género Narrativa Infantil y Juvenil

VEREDICTO

Nosotros, miembros del jurado correspondiente a la segunda edición de la Bienal Nacional de Literatura Infantil y Juvenil Carmen Delia Bencomo, después de haber leído el conjunto de manuscritos presentados a concurso, hemos concluido, después de un interesante diálogo, eligiendo como ganador a la obra titulada: ***Jalico, entre cuadernos y fieras***, firmada con el seudónimo Hermano Buche. Abierta la plica, el seudónimo corresponde al autor(a): **Aquiles José Silva Fernández**, residente en Anzoátegui. La obra consiste en un cuento de aventura y ficción, apropiado para el desarrollo de la imaginación y las habilidades creativas de niños y adolescentes. Ella muestra en sus atractivas tramas que el mundo es un lugar vasto y emocionante, lleno de posibilidades, fomentando la curiosidad intelectual y el deseo de aprender en contacto con la naturaleza. Los giros de la trama contienen momentos de acción y peligros inesperados que son esenciales para crear suspenso, donde los personajes van adquiriendo conocimientos para desenvolverse en la vida, estimulando la mente de los lectores a construir activamente imágenes que mejoran la creatividad y la concentración. El lenguaje utilizado es sencillo, pero rico y descriptivo, lo que contribuye con la expansión del vocabulario de forma natural. Los diálogos entre los personajes son naturales y reflejan la personalidad de cada uno. Al inyectar emoción y riesgo en el proceso de lectura,

garantiza que los niños y adolescentes se mantengan enganchados, mientras desarrollan habilidades esenciales para convertirse en pensadores creativos, empáticos y resolutivos.

A los veintinueve (29) días del mes de septiembre de 2025.

En fe de lo cual firmamos:

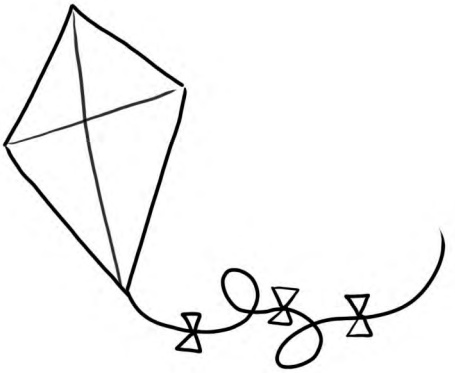


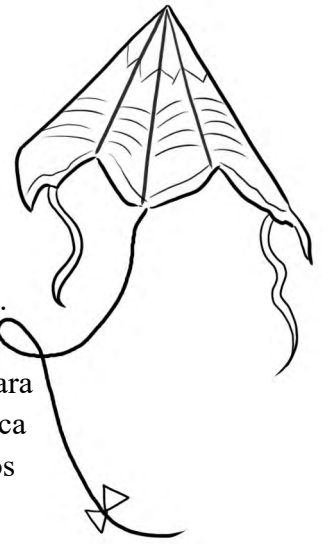


Nelly Villegas César Franco Rivero Alejandro Moreno

Jalico,
entre cuadernos y fieras







La apariencia de Jalico era inconfundible. Un muchacho de mediana estatura, cabeza pequeña, con abundante cabellera, con la cara puntiaguda como la de un cuchicuchí, boca grande y permanentemente babeando. Ojos muy pequeños y negros como paraparas.

Las reuniones vespertinas, en la acera alta de la casa vieja, se sucedían todos los días. Porque para aquellos tiempos, en los que no existían los adelantos distractores y destructores de la tecnología, que sirven también para domesticar las cabecitas de los niños y sus cerebritos aún vírgenes de toda maldad, bueno, en aquellos tiempos, repito, se jugaba en los patios, en las calles y en los bosques cercanos.

Se hacían trollas de trompo, se bailaban las zarandas, volábamos papagayos, jugábamos librao, tigre en los cotoperices, la lancha, palito mantequillero, Tonga, y otros tantos juegos.



¿Por qué era imposible detener a Jalico?

Cuando tocaba jugar en contra de Jalico, este personaje era difícil de someter por la fuerza, contener su acometida para liberar a sus compañeros en la Trolla, ya que tenía la piel como untada de una grasa finísima que lo hacía resbaloso, como el musgo

mojado de las rocas o como las guabinas. Cuando lo agarrabas sentías aquel olor a bicho de monte, que no podías soportarlo, además hacía unos movimientos tan rápidos que se te salía de los brazos en un suspirar, o te dejaba la camisa en las manos y seguía corriendo. Siempre con la boca abierta, todos sus dientes al aire, babeando y riéndose de ti.

De los miembros de la numerosa familia Guariguata, era Jalico el menos observador de la disciplina, que imperaba en los hogares de la época. Era el loquito de la casa, pues.

Jalico era invitado permanente a esos juegos. No sentía temor por nada. Ni los encantos del monte, ni las serpientes, ni fieras de la montaña. Todos los animales del bosque «eran sus amigos», aseguraba.

Los muchachitos del barrio Bella Vista, nos alegramos cuando empezamos a estudiar en la Escuela Carvajal. La única que había en el pueblo aquel año de 1960. Llegábamos alegres, cada uno con su guardapolvo (así se llamaba una sobrecamisa que usábamos los varones) y cada uno con sus alpargatitas nuevas.

Todos empezamos en primer grado.

En ese año terminaron de levantar el edificio de la escuela. Todo era nuevo en aquella edificación, a la que acudíamos los alumnos con edades hasta de diez y doce años, cuando empezábamos en el primer grado.

A la hora del recreo, nos reuníamos a compartir las empanadas que vendían otros muchachos que estudiaban en el turno de la tarde. Aquello era compartir, hablar y reír, hasta que sonaba la campana para regresar a los salones de clase, donde nos esperaban las maestras, todas jóvenes como la escuela que se iniciaba.



Cada uno tenía su cuaderno, un lápiz amarillo, con un número dos impreso al lado del anillo metálico que sostiene la borra, y un sacapuntas.

El cuaderno tenía el dibujo de un indio, con una cinta en la frente, que sostenía una pluma sobre su cabeza.

Todos los muchachos del barrio ostentábamos similar cuaderno.

Jalico, al contrario, tenía una libreta con empastado de lujo con la imagen a todo color de un león enorme.

Su abuela Mercedes Guariguata, quien vendía dulces de coco, batata, lechosa y suspiros, le compró aquella hermosa joya, que Jalico protegía dentro de una bolsa transparente de papel celofán.

Celosísimo era Jalico con aquel cuaderno, no dejaba que nadie se lo tocara.

Empezaron las clases.

Esa primera semana, Jalico asistió, junto a los demás al aula. Sentado en un pupitre cerca del pretil que da al patio y desde donde se observa la montaña desplegada en todo el sur del Valle.

La maestra revisó la asistencia el primer día. Los niños tenían que decir su nombre y el lugar del pueblo donde habitaban. Todos lo hicieron, pero cuando la maestra pronunció:



«¡Alí Calcurian!», —nadie respondió.

Repitió la maestra Lourdes: —¡Alí Calcurian! —silencio.

—¡Muchacho, eres tú! —expresó la joven educadora, dirigiéndose a Jalico quien sonrió sorprendido, mostrando todos sus dientes y dejando salir copiosa baba de su boca. Mientras los compañeros del salón formaron una algarabía.

Se llamaba Alí. Él no lo sabía.

La última vez que se le vio dentro del aula, fue aquel lunes de octubre de 1960. A la hora del receso, tan pronto sonó la campana, salió disparado hacia el patio central de la escuela. Ese día se comió ocho empanadas.

La abuela Mercedes le había dado un bolívar para la merienda. Compartió con los amigos, de un piquito a cada uno, y siguió jugando y recorriendo los amplios solares de la escuela que, al sur, se comunicaban con los potreros y el bosque que empieza al pie del cerro que conduce a El Truco, donde hacían los conucos, los mayores del barrio.

Al sonar la campana, llamando a las aulas, todos volvieron sudados hasta la formación.

Jalico no regresó. Permaneció en los patios observando todo lo que había a su alrededor y jugando con los insectos y lagartijas que abundaban. Trepando los árboles e imitando el canto de los pájaros: de los turpiales, de los cucaracheros, de los pico de plata y otros variados amigos emplumados que adornaban el espacio de la escuela.

Al día siguiente llegó temprano junto con todos los niños, pero no participó siquiera en la formación del patio central, donde se cantaba el himno nacional y las maestras recibían ordenadamente a sus alumnos.

¡Qué va! Jalico siguió en receso, durante toda esa semana. No dejaba ni un instante su cuaderno con el imponente

león, que le regalara su abuela Mercedes, enfundado en la bolsa de papel transparente.

Cuando sonaba el campanazo indicando el receso, se alegraba porque salían todos al patio, donde les esperaba con sus ocho empanadas, para compartir y jugar librao con sus compañeros.

Finalizado el tiempo de recreo, todos regresaban a las aulas correspondientes, menos él, quien permanecía jugando en los patios posteriores, escarbando las casas de los guaripetes y buscándole el perfil a las iguanas que estaban en lo más alto de los árboles de caro y samán que había en el jardín lateral de la escuela, justamente hacia el este.

La maestra sentía la presencia del desertor, quien se asomaba por los huecos de la embocadura que formaba el pretil. Allí sentado permanecía a ratos escuchando las lecciones y el rumor de voces de sus compañeros. Cuando alguien se asomaba a mirarlo, desaparecía con la velocidad de un acure de monte o un camaleón. La maestra no podía atender a aquel infante de su matrícula, si este no entraba a recibir las clases. Optó por enviar una citación a la madre de Alí.

—¡Sí, señora Amelia! ¡Alí no entra a clases, sino que permanece correteando por ahí por los patios y así no va a aprender!

Había manifestado a la madre de Jalico, la siempre amorosa maestra Lourdes.

Todos los muchachos vimos a la señora Amelia, cuando llegó a la escuela a atender la citación.

Pero al muchacho, ni cerca se le vio.

Esa semana no apareció por la escuela, ni siquiera acudió a la acera del viejo caserón, donde nos reuníamos a jugar todas las tardes.

Cuando vimos pasar a Eloísa, su hermana, le preguntamos por él y respondió que no sabía nada de Jalico. Agregó que se había marchado hacia el monte y desde la pasada semana no sabían su paradero.

Informó, además, que sus hermanos mayores Mario y Ciro, habían viajado a Guaribe, las Aguaditas, Uveral y otros pueblos y caseríos cercanos, a preguntar, entre familiares y pobladores, si lo habían visto; siendo negativa toda gestión al respecto.

La señora Amelia Calcurian y Fidel Guariguata, padres de Jalico, no mostraban rostro de angustia por aquella desaparición del muchacho. Algo les decía que en cualquier momento estaría de vuelta en su casa.

En la escuela, transcurrían las clases y los días, aprendiendo las letras y a convivir en esa casa grande, donde jugábamos y crecíamos con alegría. Al finalizar el año escolar todos pasamos al segundo grado y ese mes de julio, la mayoría sabía leer y la escritura empezaba a dejarse entender.

Jalico no había regresado a las aulas desde aquel campanazo de receso de un lunes de octubre de 1960…

En septiembre del siguiente año, como sacado de un sombrero de mago, Jalico apareció en la escuela. Ya lo vimos pasar, acompañado de su hermana Eloísa, limpiecito, con sus alpargatas nuevas y una libreta tan hermosa como la anterior, metida en su bolsa transparente; esta estaba decorada con un cuadro a todo color de un enorme venado caramerudo de trece puntas por lo menos.

Aquella libreta, también se la había regalado la abuela Mercedes.

Lo inscribieron nuevamente en el primer grado. Con la misma maestra del año anterior.

La maestra Lourdes le llamó, en esta oportunidad, por el nombre que él conocía. Después de mencionar a José Luis Suárez la maestra dijo:

—¡Jalico Calcurian!

El muchacho respondió con una sonrisa. No dejó de reír en su interior, algo hermoso sentía que corría por todo su ser.

Esa primera semana también acudió al viejo caserón a reunirse con nosotros. Todos no dejamos de inquirir sobre su misterioso paradero. Jalico relató:

—Muchachos, yo anduve un tiempo caminando por el monte, comiendo de todos los frutos que crecen por ahí. Bebiendo agua de los manantiales y compartiendo con los animales, ya que todos son mis amigos.

—¿Y no hablabas con nadie, Jalico? —preguntó Euclides.

—¡Claro que sí! —respondió—. Uno cuando está en la montaña, con los animales, termina comprendiendo el idioma de los pájaros, de los picures, de las iguanas; en fin, de todo bicho de monte, que corra, que se arrastre y que vuele. Eso sí, menos de los peces porque ellos no salen del agua a hablar con nadie.

—¿Y dónde dormías? —preguntó riéndose Williams Pinto, el hijo de Francisca.

—¡Ay, mis amigos! Yo dormía en los mogotes o a cielo abierto. Hacía un colchoncito de puras hojas y me

recostaba boca arriba mirando las estrellas, que hacen maromas en el cielo, hasta que me quedaba dormido y empezaba a soñar. Pero así me mantuve mucho tiempo, hasta que llegó el invierno y los aguaceros me hicieron refugiarme en una cueva. Que resultó ser la casa del león.

—¿La caaaasaa del león? —respondió el coro de muchachos sorprendidos.

—¡Sí, la casa del león! ¿Quieren que les cuente?

—¡Claro, Jalico!

Todos nos acercamos a escucharlo con atención.



Nos relató emocionado el primer encuentro con el león. El cómo logró impedir que el león se lo comiera. Y describió con detalle la ubicación exacta de la casa del felino, soberano de la montaña:

> Para llegar a la casa del león ustedes tienen que caminar bastante, muchachos. Primero se van por aquí remontando hasta el naciente de la quebrada de Botijón. Una vez que lleguen a lo más alto, donde está una pequeña caída de agua, de ahí voltean exactamente hacia donde se pone el sol, montaña adentro. Miren hacia lo alto donde siempre están volando en círculo los zamuros. Esa será la guía.
>
> Ahí van a encontrar una gran explanada donde se crían vacas y otros animales, después de pasar aquellos pajales donde pacen las vacas, comienza una montaña tupida con muchos árboles de majomo, tiamo, guatacaro, roble y otras abundantes clases de árboles. Para que no se pierdan, métanle el ojo a tres enormes cotoperices que están en la falda de la montaña. Ese es el rumbo.
>
> En esa misma dirección se observa a lo lejos, el enorme cerro donde se encuentran las piedras blancas. Pero ese rumbo no se puede remontar caminando así, por cualquier lado. Al pie de esa formación rocosa, pasa una quebrada, y en el lecho de la corriente de agua está una roca grande, más grande que una casa, de color blanco, que tiene un hueco enorme en el centro. No hay otra igual en ninguna parte.
>
> Por ahí uno pasa agachado y arrastrándose, y cae al otro lado de la quebrada, donde comienza un camino angosto, que conduce a una garganta de piedra, hecha durante muchos años por las patas y las uñas del león cada vez que se dirige a su casa…

En esa tertulia colmada de fantasía, por unos momentos desaparecía la imagen del muchacho baboso, microcéfalo y bocón, y aparecía un héroe capaz de vencer los peligros del bosque y enfrentar los mayores riesgos sin recibir ni un ligero rasguño. Ese era Jalico, trocado en un titán que inspiraba dejar el barrio y la escuela para seguirle y emular sus singulares aventuras:

> … Al estar del otro lado de la quebrada, comienza a subir ese camino angosto entre una grieta que cubre una gran distancia, con escalones de piedra que la naturaleza ha ido labrando al paso de los años. Llegan a la cima, ahí van a encontrar la planicie más alta de todo este territorio. Y van a ver muchos huesos de todo tipo de animales, y carameras de venados; y sobre las rocas cercanas, la casa de los zamuros, donde desde lejos pueden ver al rey zamuro: que es el único que no es negro, como el resto de esos animales.
>
> Ese es el lugar donde el león come con su familia. Todos los cachorros y la leona se alimentan ahí. Así ha sido durante todos los tiempos. Por eso la cantidad enorme de huesos, que pudiéramos hacer varias casas con ellos…

La semana siguiente nuevamente Jalico había tomado incierto camino, a pesar de los esfuerzos realizados por la dulce maestra, en tratar de contener el montaraz instinto de Jalico de alzarse y desaparecer de la escuela y en consecuencia del barrio…

Era, tan cierto como los atardeceres, que Jalico nos hacía una falta grande. No era igual el cierre diario de la lúdica faena infantil, sin la presencia de nuestro singular

amigo; seguíamos extrañándolo. Y sobre todo, la manía de dejarnos los cuentos en suspenso.

Bueno, él no era el responsable. Siempre sus relatos eran interrumpidos cuando doña Luisa, la Morocha, Cristina, Encarnación, Ana Flores o Daría, o cualquier otra madre llamaba a sus hijos para que se recogieran a descansar porque «mañana tendrían que ir a la escuela».

Así fue transcurriendo el tiempo hasta que culminó el segundo año escolar.

El mes de agosto impregnó el barrio de un vaporoso olor a cachapa, que escapaba de todas las casas.

—¡Y tanto que le gustan las cachapas a Jalico, y no ha aparecido ni por eso por los lados de su casa! —comentó la vecina Cristina.

Si algún día decidía regresar, era él quien lo determinaría. Ya que con Jalico no había ninguna posibilidad de anticipar cualquier acontecimiento…

Llegó septiembre y los muchachos regresábamos a la escuela. Todos cursaríamos el tercer grado. Y con alegría vimos a Jalico, quien llegó acompañado por Amelia, su señora madre y Mario, su hermano mayor, a quien en el barrio apodaban «Pollo Triste».

Jalico traía puesto un pantalón azul de una tela fuerte, así como de lona, que con los años conocimos como bluyín y tenía puesta la etiqueta de cartón, pegada del bolsillo trasero derecho.

Y de todos los muchachos del barrio era el único que calzaba en ese momento un par de botas El Tigre Shoes, que la mamá le había sacado fiadas en la tienda



El Venezolano, de Godofredo Peaspán. Los demás llevábamos las mismas alpargatas.

Jalico pasó al lado de todos nosotros con pose de ministro, sin voltear a mirarnos siquiera. Toda una pinta.

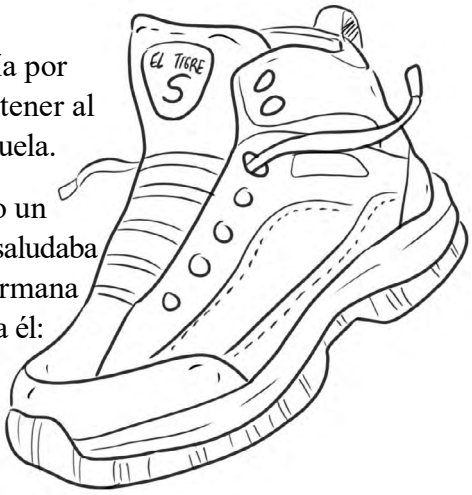
Y lo que más llamaba la atención era aquel cuaderno empastado que, seguramente la abuela Mercedes Guariguata, que hacía las conservas más sabrosas, le regalara.

El cuaderno tenía impresa la imagen, casi viva, de un enorme gorila, con la bocota abierta, mostrando todos sus dientes, de pie, con los puños golpeándose los pectorales en tono desafiante.

Aquello metía miedo.

El cuaderno estaba enfundado en una resistente bolsa de papel transparente que Jalico en este año también llevaría, mientras perdurara en la escuela.

La dulce maestra Lourdes, nuevamente recibió a Jalico en su aula de primer grado.



La joven educadora tendría por tercera vez el desafío, de contener al montaraz muchacho en la escuela.

Jalico se comportaba como un total desconocido. Ni siquiera saludaba a los amigos del barrio. Su hermana Eloísa nos había dicho, frente a él:

—¡Este año, será su mejor año! ¿Verdad, Jalico?

El aludido escolar, ni siquiera le prestaba atención a la hermana que trataba, por mampuesto, de entusiasmarlo por la educación.

Los amigos del barrio lo mirábamos sorprendidos. Ahora sí pareciera que tomaría la escuela con seriedad y terminaría su año escolar, al menos.

Esa primera semana, menos mal, Jalico acudió a reunirse con nosotros al filo de la noche, en torno al viejo caserón donde empezábamos los juegos.

Jugamos librao, la lancha y al final de la faena volvía a contagiarnos con los relatos de la selva, el monte, el bosque, las piedras, quebradas y cuevas donde se refugiaba cada vez que decidía partir de su casa en busca de nuevas aventuras.

—¡Jalico, nos dejaste pendiente de dónde, por fin, queda la casa del león!

El muchacho, se secó el sudor con la orilla frontal de la franela.

Al descubrir su rostro, se le vio iluminado por una especie de viaje interior, donde hurgaba los misterios que le permitían comunicar lo conocido por él durante sus singulares aventuras.

—¿Dónde quedé, sotiugima? —preguntó.

—¡Arriba, donde estaban los huesos y los zamuros!

—¡Ah! ¡Ya sé! Miren, mis sotiugima…

Y siguió su relato:

> … Después que estamos ahí en la plaza de los huesos, que es el comedor del león y todos los leones del

monte, ustedes miran hacia donde está montado el rey zamuro. Una roca que tiene la forma de la cabeza de un mono. Ustedes llegan ahí, y detrás de esa roca van a ver la continuación del camino, que pasa entre una grieta alta y comienza a bajar la montaña, por la parte de atrás. Por ahí el camino es más estrecho, cabe solamente el león o una persona detrás de otra.

Por ahí bajan unos cuarenta metros hasta llegar a un pretil que tiene forma de una galería, así como un salón con un gran ventanal que hace cintura con la montaña y que desde el otro lado pudiera mirarse a gran distancia.

Ese trayecto es muy peligroso, porque es angosto y tiene que caminarse con cuidado porque abajo lo que queda es un gran precipicio que, si uno se desbarranca seguro que se mata, allá al fondo del barranco…

—¡Caramba, Jalico! ¡Tú como que estás inventando! —dijo Euclides.

Todos los demás, conociendo el temperamento de Jalico, a quien no le importaba dejar el cuento de ese tamaño, reprobando la interrupción del incrédulo, gritamos a coro:

—¡Cállate, chico, no interrumpas!

Luego de realizar una pausa, angustiosa para nosotros, Jalico prosiguió su relato:

… Al finalizar ese trecho se llega al borde del camino, donde se interrumpe el paso por una enorme grieta, es un hueco profundo que no tiene fin.



Cuando lleguen, lanzan una piedra y verán que no toca fondo, no se le escucha caer. En esa grieta quien caiga, se pierde para siempre. Deben tener cuidado.

La grieta es corta, tendrá como metro y medio de ancho; uno da un salto y estará del otro lado y seguirá su camino.

Al estar del otro lado, avanzan cuarenta pasos por la galería interrumpida por el hueco sin fin, y verán, de frente, incrustada en la roca, la puerta de entrada a la casa del león. Es así redonda como del tamaño de una torta de casabe.

¡Ahí está la casa del león!

Jalico, se levantó y se fue caminando hacia su casa. Todos quedamos en silencio, recostados sobre la amplia acera del viejo caserón. Éramos doce los muchachos que escuchábamos aquel fantástico relato: Euclides y Cheo, los hijos de doña Luisa Franco; Primitivo, Antonio; Williams, hijo de Rafael y Francisca Pinto; Evelio Rocolita, hermano de María Tapizquen; Luis y Alberto, hijos de Juan Turipe y Cristina; Alberto («Casi loco») y Alexis, hijos de Carmita Noguera; Carlos Bonavista, hijo de Encarnación y Domingo; y Augusto y yo, hijos de la Morocha.

Algunos permanecíamos sentados, otros recostados sobre la amplia acera con la vista al cielo, descubriendo en las estrellas, aquellos insondables senderos, por donde la prolífica imaginación trataba de encontrar los caminos descritos por el aventurero.

Jalico era un artista, recreando las imágenes con texturas, olores, colores y riesgos que aquel singular amigo nos narrase. Sin decir una palabra, cada uno, a su tiempo, se fue levantando y caminando rumbo a su casa. Mañana esperaría un día más de escuela.

Contentos estábamos todos, porque Jalico había vuelto a ser el mismo amigo de siempre. Aquella pose y seriedad con que se había presentado a la escuela, por tercera vez, había desaparecido. Volvimos a jugar y compartir en el receso aquellas empanadas, de cuyos olores y sazón permanece impregnada la memoria.

El viernes llegó y la escuela cerró para todos hasta el próximo lunes.

Durante la noche continuaron los juegos, las carreras y el alboroto de los adolescentes por todo el barrio.

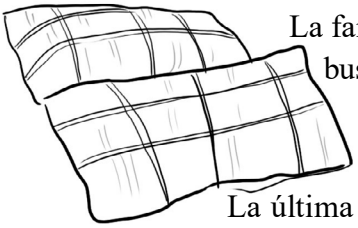
A Jalico nadie podía reducirlo, era liso, como guabina y se nos escapaba.

Agotados de tanta carrera, regresábamos al caserón y, en su amplia acera nos organizamos a escuchar los relatos del aventurero insignia del barrio. Esas tres noches: viernes, sábado y domingo, Jalico vació su cerebro de muchos cuentos que darían para escribir un libro extenso con sus ocurrencias, y quién sabe si fueran reales sus aventuras.

El lunes siguiente, todos estuvimos temprano en la Escuela Carvajal. Como designio inexcusable, Jalico, apenas transcurriera la segunda semana de aquel mes de septiembre, nuevamente desapareció de la escuela, de su casa y del barrio.

¿Adónde se iría?

Era la pregunta, pero su familia y todos sabíamos que más allá de los cercanos potreros empezaba aquel universo vegetal, con bosques y montañas, poblado de todos los animales, diferentes de los humanos, quienes tenían una singular amistad, con aquel muchacho de apenas catorce años que llenaba de ocurrentes relatos nuestras frescas noches del barrio.



La familia de Jalico no se preocupaba en buscarlo, mucho menos armar aquellas expediciones, por todo el territorio, tratando de averiguar su paradero.

La última ausencia había durado ocho meses y regresó peludo, con las uñas largas y aquel olor a intemperie, mezcla de zorro camacito con bejuco del diablo machacado, que a varios metros se le sentía la peste.

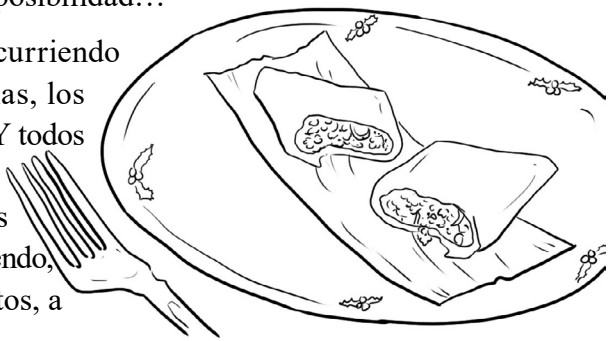
—¡Foooo! ¡Cará! ¡Ahí viene Jalico!

El fin del año 1963, pasó con mucha alegría. Las casas rebosaban de hallacas y música. Los muchachos mostraban sus estrenos y existía la costumbre de dejarle prendida la etiqueta de cartón a los pantalones, para que todos supieran que estabas estrenando.

Jalico no apareció más por el barrio y mucho menos por la escuela…

El día 24 de julio de 1966, se realizó la promoción de sexto grado. No dejamos de recordar a Jalico, quien, a la misma edad de la mayoría de los egresados, también en esa fecha estaría recibiendo su certificado.

Pero la opción de marcharse de nuevo de su casa lo alejó de aquella posibilidad…



Así fue transcurriendo el tiempo, los días, los meses, los años. Y todos los muchachos del barrio fuimos creciendo y partiendo, al hacernos adultos, a

otros pueblos grandes, donde hubiera un liceo para algunos. Y, la mayoría, debía procurarse un trabajo para ganarse el sustento dignamente y poder apoyar a los padres y abuelos, que habían dado todo por nosotros y quienes, a pesar de sus edades avanzadas, insistían en realizar tareas en los patios, casas y conucos, para no sentirse inútiles, según ellos mismos lo expresaban…

Transcurridos un par de años, llegó por primera vez al Valle el enorme Circo Zamudio Hermanos; así se llamaba aquel portento de lona, en cuyo interior se incubaba la alegría, la sorpresa ante la admiración de los espectadores.

El circo tenía un pequeño zoológico, conformado por algunas jaulas con diversos animales en su interior.

Las jaulas más visitadas eran las de los felinos. Una de ellas tenía un joven león africano, similar al que estaba plasmado en el cuaderno que Jalico usara el año pasado. Aunque aquel pobre animal estaba muy flaco, y permanecía echado sobre un lecho de paja seca, no cesaba de bostezar y miraba hacia afuera, como quien estuviese pensando en su querencia, dejada al otro lado del mundo.

Seis monos negros, de los llamados chimpancés, estaban en otra jaula, columpiándose en unas cuerdas y recogiendo los caramelos que los muchachos le lanzaban.

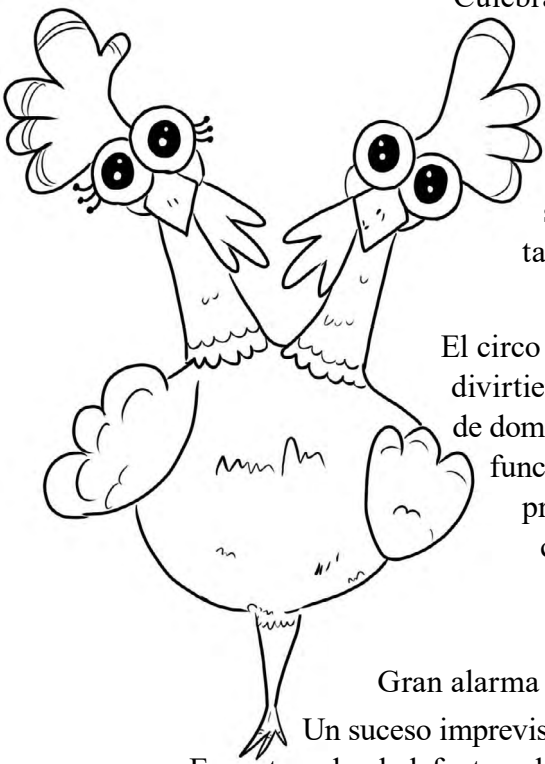
Un enorme báquiro, permanecía enjaulado, inquieto, moviéndose de un lado a otro. Nos enteramos de que lo habían comprado en la población de Cabruta días antes, y que el animal no estaba amaestrado.

Una jaula pequeña contenía un guacamayo colorido que decía: «circo, circo, circo», cuando alguien le acercaba un pedazo de catalina de las que hacía Antonio Silva.

Una burra adivina, llamada Catalina. Esa estaba suelta por el patio, entre el cercado general de la carpa.

Y otra burra blanca con unas franjas negras en todo el cuerpo. Los muchachos no sabíamos cómo habían logrado pintarle esas rayas. Claro, después supimos por la maestra Eulalia de sexto grado, que aquello no era una burra, sino una cebra.

Había también un par de caballitos pequeños, y una gallina con dos cabezas y una sola pata. Y aseguraba Chiruca, el payaso más vistoso, que la gallina ponía huevos con doble yema.

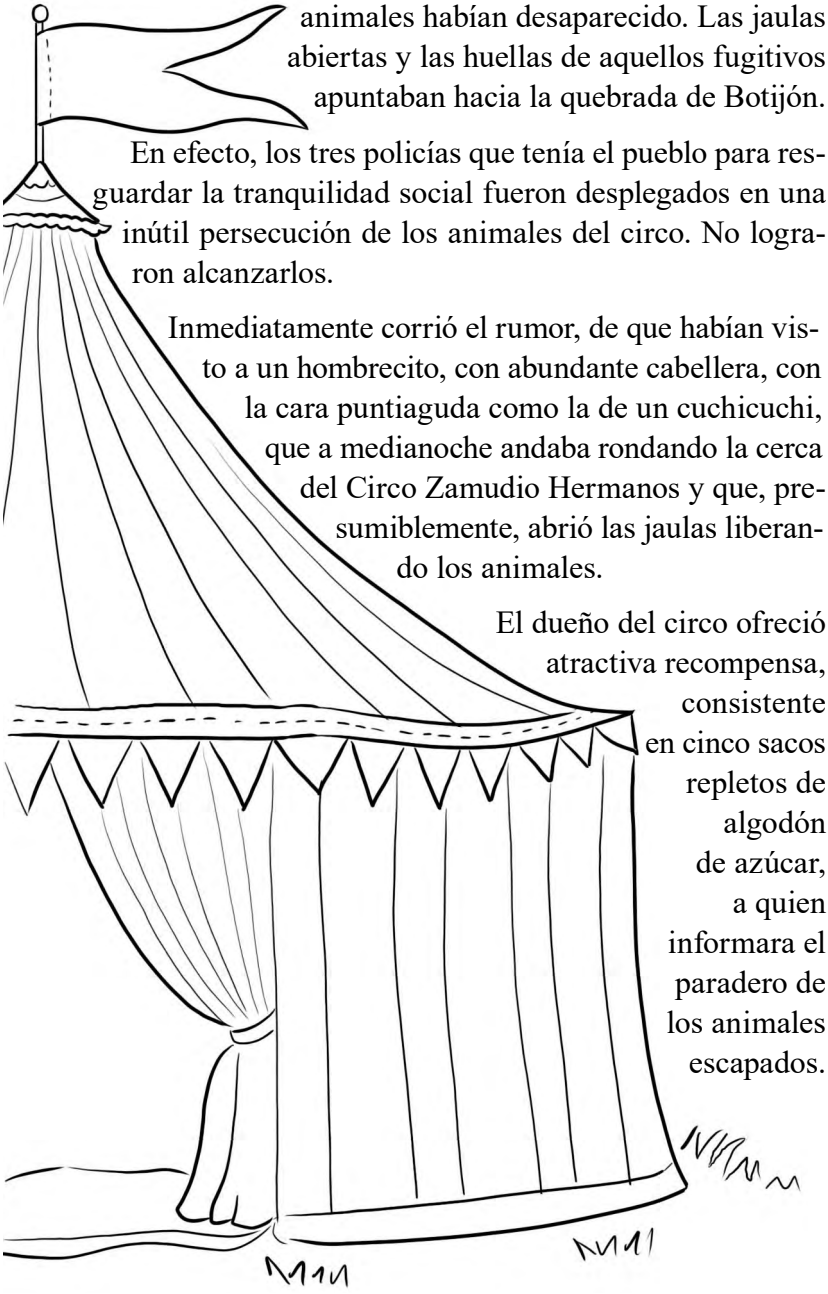


Culebras también tenía el circo.

Ah… Se me olvidaba. Un elefante sin colmillos, con la piel gruesa de barro y moviendo su trompa sin cesar, al cual alimentaban con tallos de caña en gran cantidad.

El circo permaneció dos semanas divirtiendo al pueblo. Una noche de domingo, celebraban la última función, ya que el día siguiente procederían a desmontar la carpa y seguir su infinito camino a presetarse en otros pueblos y ciudades.

Gran alarma cundió en todo el pueblo. Un suceso imprevisto había afectado al circo. Exceptuando al elefante, y la burra adivina, todos los



animales habían desaparecido. Las jaulas abiertas y las huellas de aquellos fugitivos apuntaban hacia la quebrada de Botijón.

En efecto, los tres policías que tenía el pueblo para resguardar la tranquilidad social fueron desplegados en una inútil persecución de los animales del circo. No lograron alcanzarlos.

Inmediatamente corrió el rumor, de que habían visto a un hombrecito, con abundante cabellera, con la cara puntiaguda como la de un cuchicuchi, que a medianoche andaba rondando la cerca del Circo Zamudio Hermanos y que, presumiblemente, abrió las jaulas liberando los animales.

El dueño del circo ofreció atractiva recompensa, consistente en cinco sacos repletos de algodón de azúcar, a quien informara el paradero de los animales escapados.

Una semana adicional permaneció el circo en el Valle, esperando noticias de los animales sin resultado favorable.

El dueo del circo optó por comprar algunos animales de los que abundaban por estos montes cercanos. Así logró adquirir un rabipelado, un mapurite, un oso hormiguero, un araguato, un mato pollero, una pereza y una iguana; un par de loros y un turpial que silbaba el *Alma llanera* cada mañana.

El circo se despidió del pueblo y, durante los años que culminarían con el siglo XX, no se le volvió a ver por estos rumbos.

Al finalizar ese ao, en los ltimos días del mes de diciembre, los muchachos habíamos regresado al barrio; hombres ya, nos reunimos en el viejo caserón y el comentario de la fuga de los animales del circo, no podía faltar. Entonces regresó, en nuestra nostálgica recordación, la figura de Jalico, de quien nunca nadie más había sabido en el barrio, ni en la familia, menos en la escuela de donde partiera aquella mañana de septiembre…

¡Cómo había crecido el pueblo! Ya los muchachos de entonces habíamos alcanzado al menos los cincuenta años de edad. Y el viejo caserón todavía se mantenía en pie. Su amplia acera era el asiento y lugar de encuentro de las nuevas camadas de niños que se reunían a jugar, como nosotros lo hiciéramos durante tantos años.

En el misterio había quedado la desaparición de Jalico. ¿Qué sería de él?

Ni siquiera sus hermanos supieron nunca de su paradero. La abuela Mercedes, había retornado a la tierra poco tiempo después de la partida de Jalico. También los padres habían cambiado definitivamente de escenario.

¿Qué sería de Jalico? ¿Dónde estará? ¿Seguirá con vida? ¿Tendría hijos? Solo había una forma de saberlo.

Tendríamos que salir a buscarlo.

—¿Quién se anima a caminar por el monte a buscar a Jalico?

Los adultos presentes se miraron la cara; entre ellos, tres solamente mostraron disposición inmediata para sumarse a la tarea.

Era fin del año. Todos estuvieron de acuerdo en que se realizara la búsqueda de Jalico.

La realizaríamos cinco amigos que permanecíamos en el pueblo: Héctor («Loro macho») Ribas, Cruz Tilá Osorio, Julio Catano Velazco, Juan Querecuto y yo. Los otros amigos del barrio apoyarían con dinero para comprar los elementos logísticos necesarios para una expedición que involucraría varios días de caminata y búsqueda por los bosques y montañas del inmenso territorio donde Jalico recreara sus aventuras.

El mejor tiempo para realizar la búsqueda sería en los meses de febrero, marzo y abril. Durante esos meses, la montaña está seca. Los árboles se han desvestido de sus hojas y se observan con mayor claridad los caminos y los accidentes del terreno.

Es más fácil la caminata, aunque el calor es mayor. Habría que llevar mucha agua y comida para los días que se invertirían en la expedición.

El día elegido para emprender la búsqueda fue el 11 de abril del año 2011.

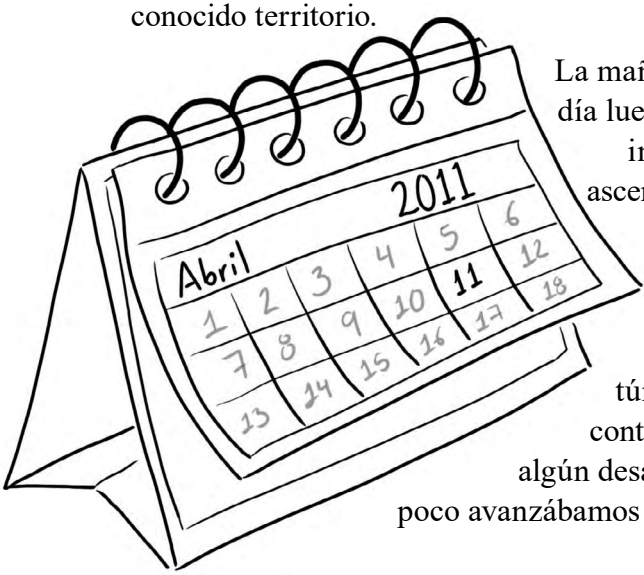
Salimos a las cuatro de la mañana rumbo al suroeste, remontando el cauce de la quebrada de Botijón. Al amanecer, en solo dos horas de marcha ya habíamos hecho cumbre en el cerro más alto. Desde ahí, hacia el este se divisaba todo el Valle, recibiendo el cálido sol que resalta los colores de la vida.

Ese cerro da inicio a una inmensa explanada de potreros con pajonales, que al sur culmina en la base, donde a lo lejos se observa la cumbre de una gran cadena montañosa, allí a lo lejos, se contemplan innumerables zamuros volando en círculos, como coronando la cúspide del cerro más alto.

Los araguaneyes florecidos pincelaban de oro las faldas de la montaña.

Hacia allá enfilaríamos la marcha.

Decidimos, la tarde de ese primer día, acampar al pie de la montaña, antes de iniciar la caminata por aquel desconocido territorio.



La mañana del segundo día luego del desayuno, iniciamos el lento ascenso hacia la cima. La búsqueda implicaba revisar toda depresión, grieta, bosque o túmulo que pudiera contener los restos de algún desaparecido. Poco a poco avanzábamos en la expedición.



A cada momento se espantaban los venados y otros animales que desconocen la presencia de los humanos a quienes, generalmente, temen por su actitud depredadora.

El objetivo de nuestra búsqueda no estaba claro, solamente guiados por los relatos de Jalico, avanzábamos en esa aventura.

Nadie daba testimonio de haberlo visto en la montaña. Ni los más avezados cazadores se lo habían tropezado en ningún momento. Sin embargo, algunos de estos, dados a los mitos y creencias, aseguraban que lo vieron cabalgando sobre una danta o cunaguaro gigante.

—¡Dando crédito a los rumores de la gente no llegaremos a ningún lado! —expresó Juan Querecuto.

Y añadió:

—¡La única pista cierta que tenemos es el recuerdo de los cuentos que nos dijera Jalico! Así que lo mejor que podemos hacer, es que nos tomemos un tiempo aquí mismo para planificar una ruta a seguir y no andar a tientas por esa montaña tan extensa.

Juan tenía razón. En el monte los paisajes se repiten como las hojas de un cuaderno nuevo. Si no tienen marcas específicas todas parecen iguales.

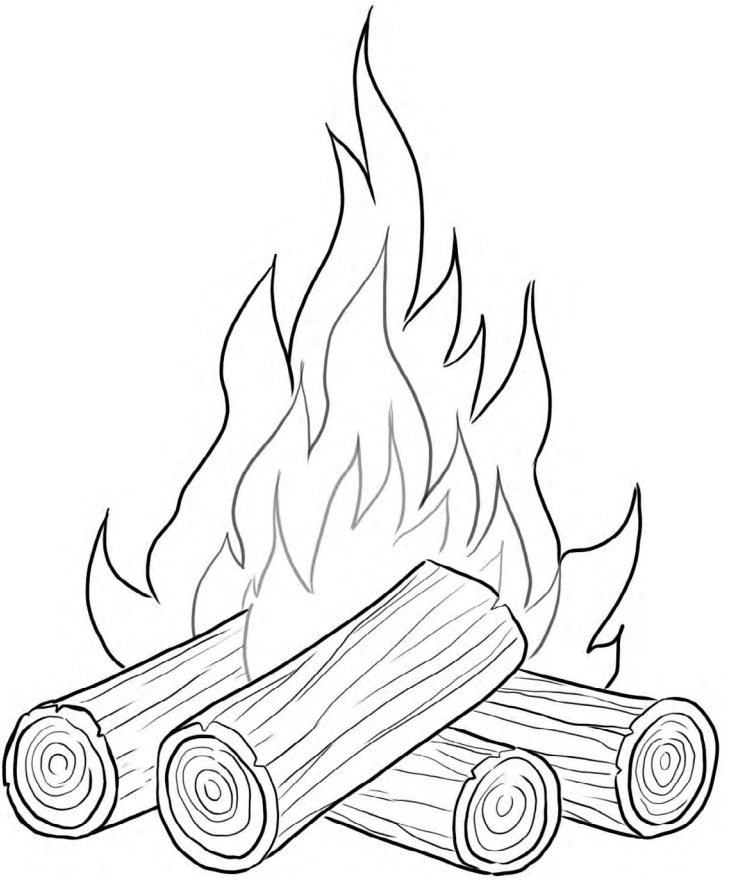
La decisión estaba tomada. Seguiríamos el camino trazado en el recuerdo por las palabras de Jalico.

En esa conversación, sentados a la sombra de un enorme samán nos alcanzó la noche y recordando los

relatos y travesuras de nuestro amigo perdido, decidimos descansar en torno a una fogata, hasta el siguiente día.

Jalico nos había indicado, en su relato, con fino detalle el camino a seguir. Habíamos iniciado desde hacía dos días aquella marcha «hacia donde se pone el sol, montaña adentro».

La zona por donde iniciar el encuentro con la montaña lo había descrito de tal manera que no había manera de perderse. «Para que no se pierdan, métanle el ojo a tres



enormes cotopericeses que están en la falda de la montaña. Ese es el rumbo».

Por ese camino seguimos, los cotopericeses estaban cargados y maduros. Recolectamos sus frutos, tan dulces como la miel y continuamos avanzando, cada momento más y más cerca de aquella elevación. En lo más alto una corona de zamuros giraba sobre la cima. Tal como Jalico lo indicara: «Miren hacia lo alto donde siempre están volando en círculo los zamuros. Esa será la guía».

El cerro de las piedras blancas se miraba más adelante.

> Al pie de esa formación rocosa, pasa una quebrada, y en el lecho de la corriente de agua está una roca grande, más grande que una casa, de color blanco, que tiene un hueco enorme en el centro.

Al estar frente a aquella roca grande, tal como Jalico la describiera, tuve la sensación de estar recostado en la acera del viejo caserón del barrio, escuchando su voz, mientras mis sueños infantiles se perdían en el cielo estrellado.

No eran inventos de Jalico. Todo parecía estar vinculado a la realidad. Los cuentos de aquel singular personaje parecían ser más que invenciones de un ser trastornado o desfavorecido por su propio origen especial.

Agachados y arrastrándonos cruzamos aquella abertura de la roca que nos permitió llegar al otro lado de la quebrada «donde comienza un camino angosto, que conduce a una garganta de piedra, hecha durante muchos años por las patas y las uñas del león».

Emprendimos el ascenso por aquella grieta «con escalones de piedra que la naturaleza ha ido labrando al paso

de los años» por donde solamente podía avanzarse, con gran esfuerzo, uno detrás del otro.

Ya a media tarde, al fin llegamos a la explanada mencionada hacía muchos años, caracterizada por una gran cantidad de huesos expuestos al sol: «van a ver muchos huesos de todo tipo de animales y carameras de venados».

Habíamos llegado a la plaza donde, desde tiempos ancestrales, el león compartía su alimento con el resto de su prole.

Al lado estaba la casa de los zamuros. Todos volaban formando una oscura corona, en lo más alto de las nubes.

Pasado un corto tiempo, como atraídos por la curiosidad empezaron a descender y uno de ellos, el único que no es negro, el rey zamuro, se posó sobre una roca, que «tiene la forma de la cabeza de un mono» cada vez que íbamos encontrando las coincidencias entre el relato de Jalico y lo que veíamos en el terreno, la sorpresa y el optimismo se hacían mayor.

Caminábamos con mayor aplomo, sonrientes porque seguro encontraríamos lo que buscábamos con tanto empeño. Nos había explicado con tal detalle, que parecía que su voz nos hablara con la frescura de nuestros días de infancia:

> Ustedes miran hacia donde está montado el rey zamuro… y detrás de esa roca van a ver la continuación del camino, que pasa entre una grieta alta y comienza a bajar la montaña, por la parte de atrás.

Ya podíamos anticipar el paisaje y los obstáculos que nos encontraríamos adelante. Todo se ajustaba al relato de Jalico.

Cada accidente del relieve, los zamuros, los huesos, la roca blanca de la quebrada, la otra piedra con forma de cabeza de mono, y todo lo que se avecinaba era la historia repetida por los hechos sobre el terreno.

Jalico nos guiaba desde su remoto y desconocido paradero. Continuamos por la senda más estrecha y descendimos unos cuarenta metros, hacia el otro lado de la montaña y llegamos a la galería o pretil, que parecía: «un gran ventanal que hace cintura con la montaña y que desde el otro lado pudiera mirarse a gran distancia».

Al finalizar aquella galería estuvimos en el lugar: «donde se interrumpe el paso por una enorme grieta, es un hueco profundo que no tiene fin» y al lanzar la piedra en su caída al profundo abismo, no se escuchó sonido alguno.

Cruzamos cuidadosamente uno a uno.

Avanzamos los cuarenta metros por aquella galería y llegamos al final a un orificio incrustado en la roca donde se encontraba «la puerta de entrada a la casa del león. Es así redonda como del tamaño de una torta de casabe».

Con la caída de la tarde habíamos llegado a la casa del león. Ya estábamos a pocos metros de descifrar el enigma de la desaparición de Jalico. La noche se acercaba. Había que regresar a un lugar seguro donde acampar. Y retornamos a la explanada de los huesos. Ahí en esa plaza donde desde siempre el león compartía con su prole el producto de su cacería, encendimos la fogata, preparamos la comida y luego de una abundante cena descansamos todos, acostados mirando las estrellas, conversando y escuchando los cuentos y relatos, como cuando niños nos reuníamos a escuchar a Jalico, en la amplia acera del viejo

caserón hasta que las estrellas cerraban nuestros ojos para llevarnos a viajar en sus misterios.

Al amanecer de aquel quinto día nos levantamos y dejamos a buen resguardo los morrales con la logística de la expedición, para descender más ligeros a la casa del león.

Hicimos el trayecto final, recorrido en la tarde anterior. Y en menos de una hora estábamos, nuevamente, ante la entrada circular de aquella gruta que servía de refugio al rey de la montaña.

Con mucha cautela fuimos ingresando a aquella gruta.

Traspuesta la entrada, cuyas dimensiones son similares a los brazos arqueados, unidos al frente tocando los dedos medios de ambas manos, se entra a una especie de pasillo donde se puede caminar erguido. Unos seis metros más adelante se amplía un salón grande iluminado por una grieta, que recorre todo lo ancho del ambiente, orientada de este a oeste, lo que posibilita la iluminación de la cueva durante todo el día solar.

La cueva del león estaba muy limpia. No había detritos ni huesos. El animal tenía su lugar para comer ya conocido por nosotros.

Revisamos aquel espacio, aún con la ayuda de linternas. A un extremo de la cueva había una piedra en forma de cama. ¿Sería la utilizada por Jalico? No había huesos humanos, ni de animales. Era obvio que en ese lugar no encontraríamos a Jalico.

Cruz Tilá Osorio, nos alertó con gran sorpresa:

—¡Muchachos, vean esto!

Nos acercamos a donde Cruz había realizado el hallazgo.

—¡Miren esto que está aquí!

Había un saco de fique desintegrado por el tiempo, cuyas fibras dejaban traslucir un rústico envoltorio de hule negro en forma rectangular. Con un volumen, similar a una almohada de mediano tamaño, no pesaba más de dos kilos.

Procurando el lugar más iluminado de aquella cueva, desatamos el paquete descubriendo su contenido. Ahí estaban perfectamente conservados los tres cuadernos empastados que, cada año la abuela Mercedes Guariguata regalara a Jalico para que acudiera a la escuela a formarse con todos los muchachos del pueblo, en los conocimientos que impartiera la institución educativa.

Cuando regresamos al campamento de los huesos, aquella plaza donde el león comía con su prole durante tantos años, abrimos los cuadernos.

Estaban todos escritos: llenos de los relatos de las aventuras vividas por Jalico, desde que partiera de su casa, del barrio y la escuela, hasta llegar al monte a vivir y conocer la naturaleza que es un aula abierta donde se aprende con alegría.

El enigma de las razones de Jalico para abandonar la escuela, y el barrio y su casa, estaba descifrado en el primer cuaderno. En las primeras páginas expresa que:

> —¡De la escuela lo que más me gustaba era jugar en el patio, pero no me sentía a gusto, en aquellos pupitres durante tanto tiempo!
>
> —¡Yo aprendía rápido las explicaciones de la maestra! Ella no necesitaba todo un año para que me aprendiera

las lecciones y a leer y a escribir. Eso es muy fácil. Lo difícil es estar sentado tanto tiempo, teniendo cerca de la escuela los montes, llenos de vida y animales que me llamaban con sus voces y sus cantos. Yo sentía clarito que los pájaros me decían: ¡Jaliiiiico! ¡Y yo tenía que venirme al monte!

Agregaba que por más que la gente del barrio pensara que él estaba perdido, eso no era cierto ya que siempre, a pesar de ser un niño apenas, supo cómo aprovechar las bondades y recursos del ambiente donde permaneciera tantos años:

—¡Aquí nunca me faltó lo necesario para vivir bien y aprender cada día más lo que la naturaleza me enseñaba!

Iluminados con las lámparas, que llevamos en la expedición, estuvimos esa primera noche descifrando y leyendo aquel cuaderno, que no por casualidad, hablaba de todo lo referente al animal que tenía impreso en la portada: aquel enorme león africano.



Decía el escrito de Jalico en el primer cuaderno:

I Encuentro con el león

(*título sugerido por nosotros*)

Nada me faltaba para sentirme bien en el monte. Las noches las pasaba feliz bajo las estrellas. El problema comenzó a presentarse cuando empezó el invierno. Cuando caían esos aguaceros me mojaba y amanecía con tembladera de tanto frío. Yo tenía mi cobija y la ropa, pero todo se mojaba y pasé mucho trabajo los primeros días.

Después fue que me vino la idea de buscar un lugar, donde la lluvia no me cayera encima. Y así fue cómo remonté la montaña y llegué a la casa del león. Que de haber sabido que esa fiera vivía en ese lugar, nunca me hubiera acercado.

Una tarde miré la zamurá volando en lo alto de la montaña, donde están esas grandes rocas, y subí. Llegué a un terreno limpio con muchos huesos regados, y miré una piedra grande parecida a la cabeza de un mono y caminé detrás de ella y llegué a la cueva. Yo pensaba que estaba vacía y entré y me trepé en una saliente de roca que estaba muy distante del piso de la cueva, donde precisamente dormía el león y yo ni sospechaba que me le estaba metiendo en la boca.

Esa noche dormí sabroso. A pierna suelta. Pero al amanecer, casi oscuro todavía me despertó el rugido de aquel animal, que caminaba y saltaba molesto con ganas de arrancarme el cuero porque le había invadido su casa. Ese león estaba bravísimo. Menos mal que el lugar alto donde me había acomodado tenía salida hacia arriba y hasta ahí no podía alcanzarme.

Estaba metido en un gran problema. Pero lo más grave era que, no había cerca otro cerro con rocas similares y cuevas que me ofrecieran refugio seguro. Claro, esta no era, precisamente, la más segura con la fiera ahí abajo. Entonces pensé en cuidar la entrada y evitar encontrarme con el león, al menos esos primeros días.

Algo se me ocurriría para resolver la situación.

Después del susto salí al campo abierto a buscar las frutas para comer. Aproveché y llevé suficientes para compartir.

Desde allá arriba empecé a lanzarle cada día frutas al león y él, al principio, rugía como molesto, pero poco a poco fue probándolas y al parecer le empezaron a gustar. Sobre todo los cotopericeS, los mangos y las cañafístolas, que son muy dulces.

Cada día fui compartiendo mi comida con aquella bestia salvaje, que poco a poco dejó de rugirme y yo me fui acercando. Yo le hablaba, como a un amigo y el animal me comprendía.

Hasta que llegó el día en que yo bajé definitivamente de mi refugio y ocupé una cama de piedra que tenía el león en su casa.

A partir de entonces nunca más tuve que dormir con sobresaltos y menos a descampado y recibir aquellos enormes aguaceros que me enfriaban hasta los huesos. Además, ningún animal dañino o ponzoñoso se acercaría, porque estaba protegido por mi amigo. Un pana, pues. Nada menos que el león.

Aquí termina el primer relato del cuaderno. Después de leerlo se multiplicaron las preguntas. Dábamos por descontado que el león no se comió a Jalico. No había ninguna osamenta humana, ni en la cueva ni en el patio que

la antecede. Además: ¿dónde está Jalico? ¿Cuánto tiempo permaneció viviendo en esa cueva?

Liberación de los animales del circo

El rey zamuro informó en la comunidad, a los animales que se reunían en la explanada, donde estaba la roca grande con forma de cabeza de mono, que realizaba el recorrido por sus dominios en procura de alimento para todos. Y observó a unos hombres que bajaban de un camión, el cadáver de un extraño animal, parecido a un venado, pero con la cornamenta más grande y plana como formada por hojas de uva.

Lo habían lanzado a una quebrada para que se pudriera ahí. Tendrían comida los zamuros.

Pero el rey zamuro, por curiosidad, siguió desde las alturas el retorno del camión al pueblo, que se condujo hasta el patio del circo que había llegado al Valle, levantado una enorme casa de lona, y tenía una gran cantidad de animales encerrados en jaulas y hambrientos, por demás, que estaban sufriendo. Y que entre ellos los pájaros se habían comunicado con él manifestándole su sufrimiento. Los animales que escuchaban al rey zamuro, se miraban las caras con asombro y el consenso fue unánime. Había que sacarlos de ahí, ayudarlos a escapar.

Fue así como nos preparamos para salir a buscarlos.

El rey zamuro, se reunió con el líder de las piarras, y este envió una comisión de tres de su especie, acompañados por una bandada de torditos, para que llevaran la información a los animales cautivos, para que estuvieran atentos, en espera de la operación que los liberaría. Los torditos harían una maniobra de distracción mientras las tres piarras comunicaban el plan a los animales forzados al encierro.



Tendríamos que salir en la noche. El rey zamuro, como los zamuros no vuelan de noche, habló con el líder de los búhos y este organizó un grupo, de los más grandes de su especie, para que guiaran y vigilaran al grupo que liberaría a los animales cautivos.

El león también acudiría con su manada a escoltar hasta el inicio del bosque al grupo, y aguardarían allí hasta que yo apareciera con el grupo liberado.

Así, con todas las previsiones tomadas, caminamos durante dos días por la montaña hasta llegar al pueblo.

Estuvimos reunidos en el cerro de Botijón hasta que apagaron las luces del Valle. En aquella época la electricidad funcionaba con un generador, hasta las once de la noche, y después, guiado por los mochuelos (búhos) llegamos al sitio donde estaban los animales encerrados.

Al llegar ahí, todo estaba en silencio. Levanté la cerca de alambre con que estaba rodeado el circo y me acerqué a las jaulas. Cuando empecé a abrir la primera, el pasador de la cerradura metálica hizo un ruido fuerte. Y tuve que detenerme. En eso Catalina, la burra adivinadora que estaba en el patio, empezó a rebuznar haciendo una cortina para que yo aprovechara de abrir las cuatro jaulas donde estaban los monos, los pájaros, las iguanas y, finalmente, la del león.

Las fui abriendo una a una. Ya los animales estaban alertas y esperando nuestra llegada. Y poco a poco, cada uno se fue escurriendo bajo la cerca y emprendimos la huida, remontando la quebrada que conduce a Botijón, donde nos esperaba el resto de la comisión liberadora.

Aquel león africano, similar al que ilustraba la portada del primer cuaderno de Jalico, a pesar de ser joven, estaba muy débil. Caminaba lentamente y fue auxiliado por los de su especie que nos acompañaban.

Fue así, poco a poco que avanzamos hasta llegar a la montaña de las peñas blancas, donde está la casa del león. En esa explanada, con la ayuda de todos los animales, quienes aportaban comida, para contribuir a la alimentación de los recientemente liberados, se fueron reponiendo y recuperando la alegría y ganas de vivir.

Los seis monos negros, conocidos como chimpancés, no tuvieron problema en quedarse con sus parientes micos de estas tierras. La cebra se asoció con la burra adivinadora y se reunieron con la manada de burros que corrían libres por los potreros cercanos.

En el circo quedaron: la guacamaya y el elefante, quien manifestó su deseo de quedarse, porque ya estaba muy viejo y quería ajustarle las cuentas al dueño del circo…

Al finalizar la lectura de este segundo relato, nos miramos la cara con sonrisas de satisfacción. Era evidente: Jalico había regresado al pueblo a liberar aquellos animales.

Y la versión de que habían visto a un hombrecito, con abundante cabellera, con la cara puntiaguda, como la de un cuchicuchi, era cierta. Nuestro amigo estaba con vida y haciendo de las suyas. No cabía la menor duda. Estaba escrito de su puño y letra.

(Este cuento nos lo relató sentados en la acera del caserón del barrio)

Esa tarde, una de tantas, estábamos reunidos sobre la acera del viejo caserón y Jalico ya nos tenía preparada una de sus historias.

Era muy delicado contradecir a nuestro aventurero, porque se molestaba y se iba del grupo, y nos dejaba sin visitarnos hasta una semana.

El que más lo molestaba era Euclides Suárez, el hermano de Cheo, que siempre se reía a carcajadas y llamaba mentiroso a Jalico:

—¡Qué va, mi amigo, yo me voy, porque el saco de meter los embustes ya se me llenó y no aguanto uno más! —decía Euclides y se iba a su casa, carcajeándose por toda la calle.

Y nosotros nos alegrábamos porque al marcharse, Jalico se sentía cómodo y relataba a sus anchas el cuento que nos traía.

—¡Cuéntanos, Jalico! ¿Cómo es eso que tú hablas con los monos?

—¡Sí, mis amiguitos! ¡Yo hablo con los monos!

Jalico y los monos maiceros

¡Miren, mis sotiugima!:

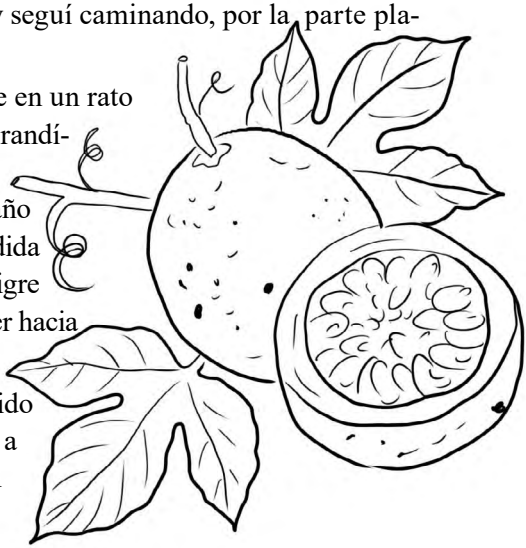
Hace dos años, cuando decidí salir para la montaña por primera vez a vivir con los animales, pasé por la bodeguita de Carmen Julia y compré dos bolívares de caramelos Manolete. Y me los llevé en el morralito junto con la taparita de agua.

Cuando ya estaba lejos, como a medio día de camino, después del cerro El Truco, monte adentro, sentí que la barriga me ladraba del hambre. Me comí tres caramelitos y bebí agua. Pero al ratico el hambre seguía, y me metí a una quebrada, y miren, ¡cómo había parchitas de monte, maduritas! Y comí y comí esas frutas sabrosas.

Yo caminaba por la quebrada recogiendo parchas, comiendo y comiendo.

Al rato escuché el alboroto de una manada de monos que pasaron saltando por los árboles, arriba de la quebrada. Eran tantos, miren, sotiugima, eran como doscientos monos que pasaron hacia un conuco grande que se veía en la falda de la montaña, precisamente cerca de donde yo había pasado horas antes.

Yo salí de la quebrada y seguí caminando, por la parte plana de aquel bosque.



Ay, sotiugima, mire que en un rato después apareció un tigre grandísimo, así como de este tamaño (Jalico indica el tamaño con su mano derecha extendida a la altura de su pecho). El tigre me venteó y empezó a correr hacia donde yo estaba.

Y yo, que había aprendido con los conejos del monte, a escaparme a la carrera, del

tigre o cualquier otro bicho, me agilé a gran velocidad, a todo lo que daban mis piernas.

Yo corría entre aquellos matorrales, me hería los brazos con las ramas de los espinosos cujíes, pero no sentía nada, eso era correr y correr.

¡Hay que ver que uno asustao es que corre bien duro!

Más adelante me ocurrió lo que me salvó la vida. Miren, sotiugima:

Yo no vi aquel enorme hueco que estaba en la tierra. Un hueco grande con la boca redonda, así como del tamaño de un aro de bicicleta.

Y me caí ahí adentro y me fui pa abajo. Yo pensaba que aquello no tenía fondo. Pero era así, del alto de un poste de luz.

¡Yo no sé, quién, haría ese hueco ahí!

Bueno, sotiugima, me raspé un poco los brazos y las costillas en la caída. Pero yo no sentí nada porque el miedo que me causaba aquel tigre era muy grande y no me permitía sentir dolor.

El tigre llegó al ratito a la boca de aquel hueco y mostró su cabeza, dejando caer baba de su boca, sobre mi cara y mostrando unos enormes colmillos.

La fiera se quedó allá arriba, dando vueltas como cuidando su presa. O esperando que saliera. Pero que va, yo no podía salir de ese hueco, era muy profundo, y con el tigre arriba esperando, ni que me hubieran puesto una escalera, me atrevería a asomarme.

Yo lo sentía a él, allá arriba. Y ahí permaneció cuatro días cuidando la entrada del hoyo donde yo estaba.

El quinto día, cuando amaneció, y de eso me enteraba por el canto de los pájaros, porque allá abajo no llegaba la luz del sol, ese día no estaba el tigre allá arriba.

Seguro se fastidió de tanto esperar que yo saliera. Pero, ¿cómo?

Estaba imposibilitado de subir por aquellas paredes lisas y profundas.

No pasé hambre, porque llevaba el bolso con muchos caramelos y la taparita de agua. Con eso me alimenté durante esos días.

La mañana del sexto día, me despertó una lluvia de piedrecitas y terrones que empezaron a caer desde arriba, junto con un alboroto de monos que pasaban corriendo sobre la entrada del hoyo donde yo estaba. Eran muchos y cruzaron corriendo en una sola dirección.

Imagínense el alboroto que formaron esos micos mientras corrían, quien sabe adónde. Después que pasaron los monos, aquello quedó en silencio nuevamente.

De vez en cuando veía la silueta de un zamuro volando allá lejísimo entre las nubes, y me sentaba a pensar en todo lo que había vivido hasta ahora, y en la forma de salir del hueco.

Pero todo sería en vano, parecería que ahí me quedaría hasta morir, seguramente.

Pasado el mediodía, ya en la tardecita, los monos regresaron con su alboroto. Pero se quedaron un rato alrededor de la entrada del hoyo, donde me encontraba y se escuchó que hablaban y discutían, y regañaban a alguno de los suyos, además de golpes, y dolorosos chillidos, que se prolongaron por varios minutos.

Después lanzaron, hacia donde yo estaba, a un mono herido, golpeado y moribundo que, menos mal que me cayó encima, porque si cae al piso de tierra donde me encontraba, el golpe lo hubiera terminado de matar.

Aquel era un mono grande, así como de este tamaño, que venía con los ojos cerrados de tanto golpe y casi no respiraba.

¿Qué iba a hacer? Me daba lástima dejarlo ahí que muriera.

Entonces, agarré mi taparita de agua y le mojé los labios, y reaccionó sacando su lengua y lamiendo mi mano y le fui dando, poco a poco, hasta que bebió.

Después le metí en su boca, trocitos de caramelo y los fue comiendo, hasta completar la mitad de un Manolete, porque no pudo tragar más, y se quedó inmóvil. Yo pensé que se había muerto, pero lo toqué y estaba calientito y respiraba con dificultad, pero seguía con vida.

A la mañana siguiente, ya sería el séptimo día desde mi caída al hueco, el mono permanecía acostado, pero ya se le sentía mejor el resuello.

Me acerqué, y le di agua nuevamente, y la mitad de un caramelo, partido en dos trocitos pequeños. Ya lo comió, luego le di otro sorbo de agua. Y por primera vez abrió los ojos.

Me miró y estiró su boca de mono y dijo:

—¡Nuuooouuuooooo!

Era evidente que sentía temor.

Pero le ofrecí medio caramelo y estiraba y retiraba su mano varias veces, hasta que lo agarró y lo tomó decidido, masticándoselo rápidamente.

Después quería que le diera más y le dije:

—¡Mira chico, no puedes comerte todo de un solo golpe; además, tenemos que ver cómo salimos de aquí!

El mico parecía entenderme, porque se quedó tranquilo y no pidió más caramelo.

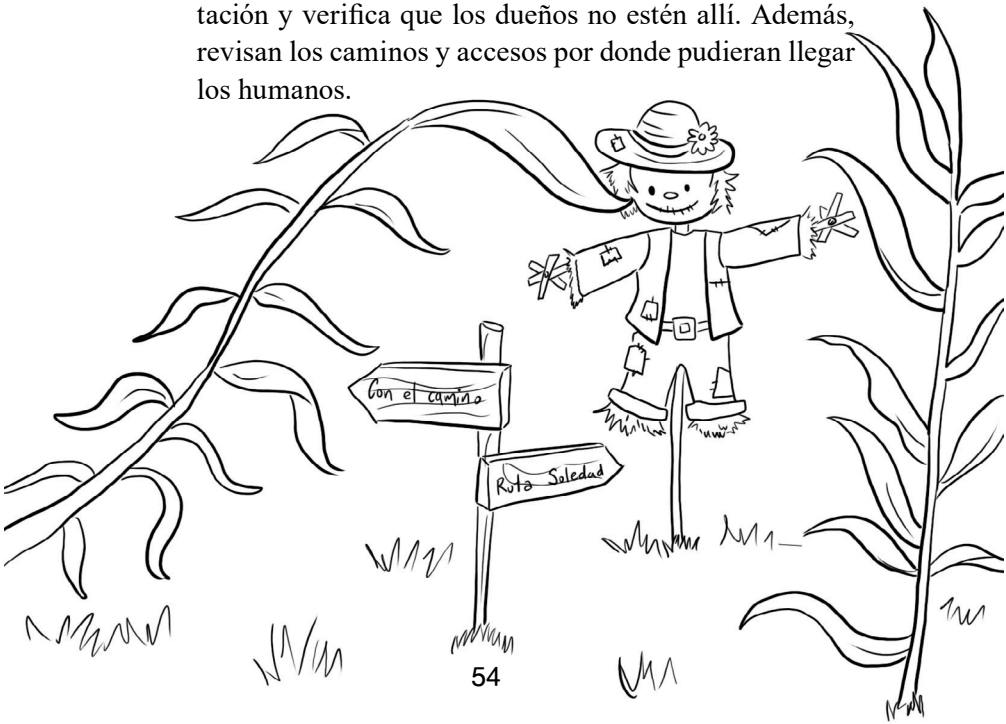
Me puse a hablar con ese monito, y me entendía. Luego empecé a comprender lo que él me decía.

Su historia era que ellos estaban robando maíz, y él era el encargado de vigilar y se quedó dormido y su jefe lo castigó severamente, de acuerdo con las leyes que rigen en la comunidad de los monos.

Y es que, en verdad, cada vez que una manada de monos se entera de la existencia de un conuco de maíz, llegan a robar, y los hombres que lo siembran se convierten en los peores enemigos de estos micos.

Pero es que si se descuidan, los monos se llevan toda la cosecha.

Los monos cuando se dirigen a los conucos marchan en manadas con un gran alboroto, mientras corren y saltan, hasta su lugar de cosecha. Cuando están relativamente cerca del conuco, hacen un silencio de roca. Entonces el jefe de los monos sale a inspeccionar la plantación y verifica que los dueños no estén allí. Además, revisan los caminos y accesos por donde pudieran llegar los humanos.



En cada uno de esos caminos hay que colocar a un vigilante que esté pendiente de la llegada de los hombres, para no ser sorprendidos. Porque siempre vienen armados con escopetas para echarles tiros a los monos que estén concentrados haciendo su trabajo.

La cosecha realizada por los monos es sencilla. Cada uno de ellos, desprende las mazorcas, toma una y la estira formando una cinta, sin desprenderla y la une a otra; luego se la tercia sobre los hombros y sale caminando hacia el lugar donde espera el líder observando el montón que va creciendo a cada momento.

Mientras un grupo de monos cosechadores, van trayendo al lugar de acopio todo el maíz, una caravana de cargadores va llevándolo hacia su comunidad de primates.

Y así, los monos se convierten en el azote de los conuqueros, quienes no han logrado establecer ninguna convivencia con estos, porque los monos no acuden a parlamentar, ni menos a sembrar con ellos, sino a cosechar el producto del trabajo humano.

El mono me contó que se había quedado dormido en su puesto de vigilante, y el hombre, dueño del conuco había llegado con una escopeta y le disparó al grupo hiriendo gravemente a varios cosechadores.

Por eso fue que le propinaron aquella memorable paliza.

Bueno, sotiugima, junto a ese mono, permanecí cinco días más en aquel agujero. Pero no perdimos el tiempo ya que él aprendió a entenderme y yo conocí el idioma de los monos.

Me dijo que si él lograba curarse, de acuerdo con las leyes de su pueblo, no tendría problema en regresar con su familia. Así se normaba la convivencia de los monos.

Juntos hicimos el plan para salir de aquel hoyo donde nos encontrábamos. Yo agarré mi camisa y le fui

sacando hilos a la tela, hasta formar una cuerda larga, tan larga que llegara un poco más arriba de la entrada de la fosa donde estábamos.

Entonces se la puse en la mano al monito, lo levanté en peso y con las pocas fuerzas que me quedaban, lo lancé hacia arriba y él, con sus brazos y piernas, se impulsó en las paredes del hoyo y logró llegar a la superficie.

¡Qué alegría!

Después el monito lanzó con cuidado la cuerdita que llegó al fondo del hoyo, donde me encontraba. Pero no soportaría mi peso.

El monito me dijo:

—¡otiugima arrama solemarac onu a onu, arap elravell a anahcnA, im efej. lÉ son áraduya!

Era muy clara la intención de mi amigo mono, de quien supe días después su verdadero nombre.

Fui amarrando caramelos uno a uno. Y él los iba amontonando allá arriba, hasta que quedaba una docena en mis manos. Ya la taparita de agua estaba casi vacía.

Dependería de Darwin, mi amigo mono, que acababa de volver a la luz del día.

Se marchó.

La noche se acercaba y me quedé íngrimo nuevamente en aquel agujero tan negro, como la noche más oscura de la vida.

Al amanecer del siguiente día, escuché acercarse, el inconfundible tropel de los monos que regresaban.

Esperé un momento la lluvia de terroncitos y piedras, que recibí la vez pasada cuando se dirigían al conuco; pero no cayó ni una sola.

Pasado un momento, observé. Allá arriba, a la entrada del hoyo, un anillo formado de muchas cabecitas de mono que miraban al fondo donde me encontraba.

—¡otiugima! ¡oy yoS! ¡ésergeR!

Era la inconfundible voz de mi amigo mono, Darwin. ¡Había regresado con ayuda! De inmediato empezaron a llover hilos de diferentes fibras vegetales, bejucos.

Agarré aquellas lianas, y unidas, formé una fuerte cuerda con la cual me amarré por la cintura. Los monos halaron todos y subí a la superficie, impulsado, y en un instante estaba afuera, rodeado por una enorme cantidad de monos que me salvaron de morir abandonado en lo profundo de aquel hoyo sin fin.

Uno de ellos, que era el más viejo, aunque no mostraba signos de debilidad se me acercó y me dijo:

—¡ohcum otsug otiugima, yos anahcnA!

Era el jefe de los monos, Anchana, que desde el momento de recibir de mis manos los últimos doce caramelos que me quedaban en el morral, se convirtió en uno de mis mejores amigos. Anchana me dijo en su lengua:

—¡ogimA. edseD etse otnemom detsu edeup ratnoc ogimnoc arap ol ueq aes. oN agnet nùgnin etneinevnocni odnauc etisecen anugla aduya. euQ adot im ailimaf, a ritrap ed etse etnatsni somos sus sonamreh!

(Traducción: Amigo. Desde este momento usted puede contar conmigo para lo que sea. No tenga ningún inconveniente cuando necesite alguna ayuda. Que toda mi familia, a partir de este instante, somos sus hermanos.)

—¡Por eso es que les digo sotiugima, que en la montaña a mí nunca me falta nada, porque todos los animales son mis amigos! —concluyó Jalico.

Todos los muchachos del barrio estábamos encantados con los cuentos de Jalico. Además él tenía la libertad de irse a donde le pareciera, y por el tiempo que quisiera. Cosa

que el resto de los chamos del barrio no podíamos, porque como decían los mayores: «nos tenían la cabuya corta».

Cada vez que Jalico nos echaba los cuentos, sentíamos que estábamos viendo una película, por la cantidad de imágenes y ocurrencias del personaje. Era mejor que el cine, porque uno le preguntaba sobre algunos detalles y él se detenía y explicaba. Eso sí, siempre y cuando lo escucháramos con atención y respeto. Por eso celebrábamos que Euclides se fuera a su casa, cada vez que Jalico empezaba a contarnos.

Siempre la solidaridad fue uno de los valores que compartíamos, desde los juegos en el barrio, hasta en todas las acciones que realizábamos. Jalico era un artista en cuanto a conocer y compartir con los demás. Nunca faltó su mano amiga cuando se le requería para apoyar a los necesitados.

Nos contó otro de sus cuentos:

Jalico y el conuco del mocho Eufrasio

—¡Bueno, mis amigos! Ya ustedes saben que en el monte yo estaba bien alimentado, como les dije. Y es que, aunque ustedes no crean, hasta allá, en lo más remoto de la montaña, llegó un señor muy viejecito, así como de unos ochenta y pico de años. Pero, además de estar muy mayor, estaba enfermo y casi moribundo. Él venía de otro pueblo, de dónde lo echaron. Nunca nos quiso decir cómo se llamaba ese lugar. Porque allá en ese pueblo, lo que había era gente muy orgullosa y no querían para nada a los pobres. Y eso que el señor Eufrasio, les había servido durante toda la vida.

Primero les sirvió como jardinero, luego, como carpintero y albañil, haciéndole sus grandes y hermosas casas y castillos. Y cuando la gente de ese pueblo le declaró

la guerra a otro pueblo vecino, don Eufrasio les sirvió de soldado. Y en esa tiradera de tiros y cañones, una bala desgraciada le arrancó la pierna derecha al pobre señor.

Mientras duró la guerra —donde murió mucha gente, según decía— lo llevaron al hospital y le curaron las heridas; luego lo mandaron a su casa, que había sido destruida por la tiradera de tiros y cañonazos.

Después él supo que los dueños de los pueblos decidieron casar a sus hijas con los muchachos del otro país, y se acabó la guerra. Eso sí, empezaron a explotar la tierra, los mares y las minas de los dos territorios y se hicieron más ricos.

El señor Eufrasio refirió que a todos los rencos, mochos, enfermos, causados por la guerra los mataron, y a otros los montaron en unos viejos barcos con el engaño de llevarlos de vacaciones a conocer otros países. Y al estar bien metidos en el mar, por allá bien lejos, los oficiales y marineros de aquellos barcos, se embarcaron en unas lanchas grandes, con poderosos motores y los dejaron al garete, botados mar adentro.

El señor Eufrasio lloró cuando nos contó su desgracia. Eran varios barcos, y cada amanecer, se veían cada vez menos sobre la superficie. Porque a él le daba el pálpito de que antes de irse, habían dejado abiertas las sentinas para que las embarcaciones hicieran agua y se hundieran.

Cuando el barco donde él estaba empezó a hundirse, recordó que había sido carpintero y logró improvisar, no una, sino muchas balsas, para que todos los condenados por la maldad, pudieran salvarse. Nos dijo que cree que sobrevivió, gracias a que para ese entonces era joven, y que a pesar de su limitación, tenía muchas ganas de vivir.

Aquel barco se hundió hasta el oscuro silencio de las profundidades. Y en las improvisadas balsas, don Eufrasio y sus compañeros de infortunio, lograron llegar a tierra.

A este amigo, por casualidad, la corriente y el viento lo varó cerca de esta costa, por los lados de Barlovento. Y una buena gente, pescadores y sembradores de cacao, lo auxiliaron, a él y a dos compañeros, quienes también tenían las tristes huellas de la guerra.

A ese puerto de buena gente, acudían arrieros, procedentes del llano y de estos pueblos. Don Eufrasio hizo amistad con uno de ellos, y el arriero que llevaba quesos y granos hasta el puerto, lo invitó a probar suerte por estos lados del país.

Así fue como este señor se vino hasta el Valle.

Él vivía ahí mismito en un ranchito que le prestó Ramón Guacarán, cerquita de El Calvario.

Cuando yo me fui la segunda vez, para el monte, mi mamá me dijo que don Eufrasio iba todos los días a la casa a preguntar por su amigo Jalico.

Claro, yo lo visitaba todas las tardes en su ranchito. Y también lo acompañaba a limpiar el conuquito que tenía al lado de la carretera; pues todas las parcelas estaban alambradas por los terratenientes del Valle, y no había ni un pedazo de tierra para que él la cultivara.

Pero, bueno, lo que quiero contarles es que, seguro que ustedes no lo volvieron a ver, ni en el barrio ni en el pueblo ¿verdad?

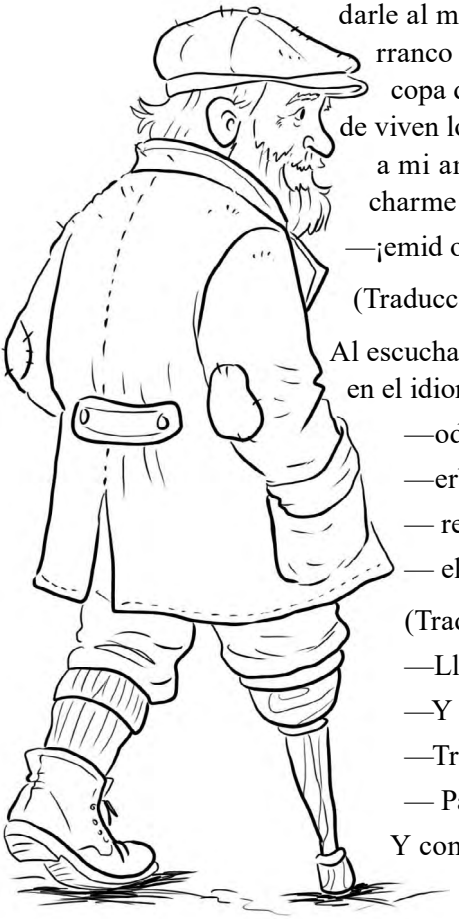
Bueno, cuál no sería mi sorpresa, cuando una tarde, estando yo distraído, en la plaza de los huesos, escuché que alguien me llamaba por mi nombre ¡Jaliiicooo!, en la parte baja del camino que llegaba hasta el lugar donde me encontraba.

Era don Eufrasio, quien había caminado todo ese territorio y, claro, yo le había dicho por dónde era el camino y llegó a encontrarme sin dificultad. Y miren que eso es lejos. Si una gente con sus dos piernas tarda unos

seis días en el recorrido, ¿cuánto tiempo tardaría don Eufrasio, que tiene solamente una? Sí, porque la otra, es una muleta de palo.

Yo me alegré mucho cuando lo vi. Además, sentía que él me quería. Ya que nunca tuvo hijos. Él me dijo que, por estar sirviéndole a los poderosos y peleando sus guerras, no había tenido tiempo siquiera de enamorarse. Mucho menos tener hijos.

Miren que el amigo Eufrasio llegó muy cansado y con hambre. Yo había comido, y no tenía nada que darle al momento. Pero me asomé al barranco donde, desde lo alto se veía la copa de los árboles, allá abajo, donde viven los monos. Y le pegué un grito a mi amigo Darwin. Quien al escucharme me respondió:



—¡emid otiugima ,ocilaJ!

(Traducción: Jalico, amiguito dime)

Al escucharle le solicité un favor, también en el idioma de los monos:

—odasnac yum ogima un ógelL

—erbmah noc Y

— remoc ed ogla emearT

— elrad araP

(Traducción:

—Llegó un amigo muy cansado

—Y con hambre

—Tráeme algo de comer

— Para darle).

Y como era de esperarse, Darwin acudió a la explanada de los

leones, acompañado por una media docena de micos, curiosos, que querían ver de cerca al amigo de Jalico. Los monos llegaron con una bandera blanca, para evitar ser atacados por los cachorros de los leones, quienes, por naturaleza, siempre que pueden se comen a los monos.

Los monos trajeron dos manos de cambures, una tapara con miel, dos gajos de cotoperices, un racimo de maya y cinco huevos de coitora, que habían recolectado.

Jalico tomó una camaza y le sirvió a don Eufrasio, toda aquella vianda que los hermanos primates habían llevado.



—Ajá, Jalico: ¿y qué pasó con el mocho Eufrasio? ¡Es verdad que hace más de un ao que desapareció del barrio sin dejar rastro! —preguntó William Castillo, hijo de Franca.

—¡Bueno, mis amiguitos! Ya les he dicho que don Eufrasio, llegó allá, donde yo vivo cuando me pierdo de todo esto. Bueno, allá es mi verdadera casa, porque estoy seguro de que los animales del monte me quieren más que ustedes, y hasta que mi familia.

—Bueno, mis amigos —prosiguió Jalico—, el mocho Eufrasio hizo un gran conuco allá. En un valle que se ve detrás de la montaa, donde está la casa del león. Y miren que yo lo ayudé. El Don ha ido aprendiéndose el idioma de los animales.

Habla con los pájaros, los leones, los venados, cachicamos, mapurites y todos los otros, ji ji ji ji. Me ganó, porque yo solamente hablo la lengua de los monos.

Todas las tardes, ustedes lo pudieran ver, don Eufrasio, se sienta en una de las piedras blancas de aquella meseta y comienza a contarles cuentos a los animales. Y ellos le cantan, le regalan semillas y flores.l se alegra mucho. ¡Y le vieran ustedes la cara a mi amigo! Cada día que pasa se le ve más joven. Lo único que le falta es que le crezca de nuevo la pierna que le arrebataron en la guerra.

—¿Y cuándo dice él que regresará para el Valle? —preguntó Augusto, el hijo de la Morocha.

Jalico le respondió:

—¡Noooo, mi amigo! ¡Él dice que no regresa más para estos pueblos!

Era cierto, don Eufrasio, se sentía tan bien en la montaña, que no quería regresar, a exponerse a sufrir el rechazo de los pueblerinos, por estar viejo y sin una pierna. En esa comunidad silvestre, estaba feliz.

Pero, algo pasó aquella vez cuando se escaparon los animales del circo.

—¿Qué pasó, Jalico?

—Bueno, ocurrió que don Eufrasio, se fue montaña adentro, mucho más lejos, hacia el río Orinoco, montado en la burra Catalina que también se escapó del circo.

Bueno, yo le dije que siempre sería su amigo y que lo iría a visitar de vez en cuando.

Él me dijo que allá, hacia el sur, donde está el más grande de los ríos, habitan los pueblos indígenas. Que ellos sí respetan y valoran a los mayores, como un tesoro.

Y así fue.

Don Eufrasio, ha sido la única gente como nosotros que ha llegado hasta donde yo vivo con los otros seres libres de la montaña.

Así es, que si alguno de ustedes quiere volver a verlo, tendrá que venirse conmigo. Y al llegar a la casa del león, yo les indicaré el rumbo que siguió mi viejo amigo, montado sobre la burra Catalina.

Dicho esto Jalico, se levantó del quicio de aquella vieja casona, donde, todas las noches cerrábamos la ventana del día, bajo la luz de las estrellas y las intermitentes llamadas de nuestras madres que, siempre pendientes, insistían en que nos recogiésemos temprano para ir mañana despabilados a la Escuela Carvajal.

Jalico y el venado de la estrella

—¡Con este embuste sí es verdad que te pasaste, Jalico! —sentenció Luis, el hijo de Cristina y Juan Turipe, tan pronto escuchó a Jalico anunciar el cuento del venado de la estrella.

Jalico, muy molesto, amenazó, como acostumbraba, irse a su casa, ya que se sentía irrespetado cuando alguno de los presentes ponía en duda la veracidad de sus relatos. Antes de que Jalico cumpliera su amenaza de marcharse, todos los muchachos acordábamos solicitarle al atrevido incrédulo, en este caso Luis Turipe, que se fuera a su casa. Porque él no tenía por qué privarnos del relato que Jalico nos regalaría esa noche.

—¡Ya se fue Luis, Jalico! —informó Simón Pozuelo, conciliador.

—¡Ahora cuéntanos lo del venado de la estrella!

Jalico estiró el pescuezo, observando hacia la casa de Cristina, y era cierto: ya el importunador se acercaba a la puerta de entrada.

Tomó aire, ruidosamente por la nariz y empezó con este nuevo relato:

—¡Bueno, mis amigos! ¡Ahí voy con el cuento! Pero no me interrumpan que esto sí es verdad verdaíta, lo que les voy a contar, porque todo esto lo he visto con mis propios ojos en la montaña.

Ustedes saben que para el monte se meten los cazadores; eso es todos los días, y todas las noches. La mayoría de los hombres que salen a cazar venados, báquiros y otros animales, lo hacen porque tienen la necesidad de

llevar algo de comida hasta sus casas, donde la familia: hijos, esposas, abuelos, esperan el alimento.

Esos cazadores, siempre consiguen lo que la montaña les regala. Y se pueden considerar hasta buenos hombres. Pero hay otros que se lo pasan matando a los venados por negocio.

Esos son los que matan muchos venados para ven-der la carne. Ellos reciben encargos de compradores de venado, que luego los vienen a buscar de las ciudades en camionetas para venderlos, en los restaurantes y otros lugares, donde aprecian la carne de los animales silvestres.

Es ahí a donde quería llegar. Porque, es bueno que ustedes sepan que los animales tienen sus cuidadores allá en el monte. Por eso es que existe el venado de la estrella en la frente.

Ese es un animal enorme, más grande que el resto de los venados que ustedes pueden imaginar. La estrella que tiene siempre permanece encendida y pareciera que se mueve como una esfera luminosa.

—¡Ajá, Jalico! —interrumpe Luis Parucho, el hijo de Daría—. ¿Cómo es eso que tú le has visto la estrella a ese venado si esos animales son mañosísimos?

Jalico, un poco molesto se levanta y dice:

—¡Ah, no, me voy! ¡Ustedes no creen ni respetan lo que yo les estoy diciendo!

—¡No te vayas amiguito! —coreábamos los otros—.

—¡Anda Jalico! ¡Síguenos contando!

—¡Está bien! Pero, eso sí… ¡No me sigan embrollando porque me voy y no regreso más!

—¡Mire amiguito! —Jalico siempre se dirigía a una sola persona, aunque el auditorio fuese muy numeroso—. Allá en el monte, donde yo vivo, hay un enorme venado muy viejo; tan viejo que le han crecido orquídeas en la caramera. Y lleva sobre el lomo, una especie de jardín de musgo y lirios morados y blancos.

Así será de viejo ese venado, que con su caramera se pudieran sacar horcones y viguetas para construir una casa.



Pero, a pesar de ser tan viejo, ustedes no lo ven, ni renco, ni lento, ni flojo. ¡Qué va! Ese venado es un señor. Y es el jefe de todos en el bosque. Todos los animales lo respetan y protegen. Fíjense ustedes que, ni el león que es tan fiero, se atreve a acercársele con malas intenciones.

Nunca le molesta, ni ataca.

Yo siempre lo he visto haciendo cosas.

Cuando los cazadores llegan a la montaña, a matar los venados y a otros animales. ¿Qué hace este venado? Pues se le aparece. Sea de día o de noche.

De día se deja ver, acercándoseles manso.

Y se pone casi a tiro. Pero manteniendo oculta la cara y el codillo.

Cuando los cazadores se van acercando, él comienza a caminar, lentamente, manteniendo la distancia. Y se va internando en la montaña.

Ellos lo persiguen mientras va entrándose cada vez más en el monte.

Al estar internados, muy, pero muy adentro, este señor venado —al que yo llamo el venado mayor—, enciende la estrella con una luz intensa de color verde esmeralda, que resulta la señal que él les da a los otros animales para que actúen.

Y es ahí cuando comienzan las chicharras a chillar y chillar. Miles de estos insectos chillando a la vez. Hacen un ruido tan fuerte que ensordecen a los cazadores quienes, ante el insoportable sonido, se vuelven locos.

Mientras ellos están ahí, aturdidos por el ruido de las chicharras, aparecen los araguatos, con su voz ronca: ¡Jo, jo, jo, jo, jo, jo, jo! Y les lanzan esa guate podrida, con tal puntería que siempre les llena los ojos, la boca, las orejas y el cabello a los cazadores.

Y ellos empiezan a tirar golpes y a insultar a los araguatos.

Ahí medio locos están cuando aparecen los puercoespines, y les lanzan sus espinas negras y blancas, que entran en sus brazos, en los cachetes, en las nalgas, y en todo espacio que encuentren donde fijarse. Esas espinas se aferran al cuero de la gente que sufre mucho con ellas, ya que para sacarlas tienen que procurarse a un curioso que sepa ensalmarlas, para que se aflojen un poco.

Los cazadores... Mientras ocurre todo eso, los pájaros, y otros animales presencian el espectáculo y se ríen y cantan y vuelan. Díganme ustedes, los alcaravanes que en grupos de a dos se lanzan sobre ellos y les chillan y aletean cerca de las orejas. Todo eso aterroriza al pobre cazador.

Pero recuerden que son los cazadores viciosos, que hacen negocio matando los animales.

Ajá y cuando el cazador, continúa, desesperadamente buscando cómo escapar, en esa pataleadera ya ha dejado la escopeta y el morral de las balas y grita, y corre, llevándose arbustos con el pecho. Pero si les faltaba más, aparecían los mapurites, que levantaban la cola y les lanzaban aquellos chorros de orine. ¡Ahí sí que es verdad! Miren que se terminaba de enloquecer el cazador, y se quitaba la ropa y quedaba desnudo en pelota. Hasta las botas, todo, todo dejaba tirado en el monte, y como vino al mundo, claro que un poco más feo, seguía su carrera. Cuando queda, desnudito, desnudito, ahí aparecen las culebras rabo amarillo, que se mueven agarrándose de los mogotes, y mientras el hombre corre, le van dando cuerazos, en las nalgas, en la espalda, en el pecho, en la cara, donde les caiga el correazo, ahí les va.

Hasta que, al fin el hombre logra salir de la montaña. Quedando, casi siempre, tirado y sin sentido a la orilla del camino.

El venado de la estrella siempre está pendiente de todo lo que pasa, en la montaña. Y en las noches hace lo mismo a los cazadores. Siempre participan los animales espantándolos de su territorio. Claro que, en las noches, no están los araguatos ni otros animales que duermen. Ahí participan los que salen de noche: los cuchichucis, los cunaguaros, los búhos, los grillos y otros más.

Ah, pero el venado de la estrella cambia el color de la luz que lleva en su frente. Durante la noche enciende una luz de color amarillo intenso, como si fuera un pequeño sol, que no encandila, pero sí alumbra todo cuanto mira…

Jalico terminó su cuento. Se levantó y señalando un punto impreciso hacia la oscuridad de la montaña cercana, dijo:

—¡Ahí viene el venado! ¡Miren cómo alumbra!

Se levantó y riendo a carcajadas, emprendió veloz carrera.

Todos los presentes sentimos un escalofrío terrorífico. Y, sin mediar palabras, salimos corriendo, al mismo tiempo, hacia nuestras casas.

Fin

Índice

Jalico entre cuadernos y fieras 9

I Encuentro con el león (*título sugerido por nosotros*) 43

(Este cuento nos lo relató sentados en la acera del caserón del barrio) 49

Jalico y los monos maiceros 50

Jalico y el conuco del mocho Eufrasio 58

Jalico y el venado de la estrella 65

Jalico, entre cuadernos y fieras
se imprimió en el mes de octubre de 2026
en la Organización Gráficas Capriles,
Caracas, Dtto. Capital, Venezuela
son 300 ejemplares

II BIENAL NACIONAL
DE LITERATURA CARMEN DELIA BENCOMO
INFANTIL - 2025



AQUILES SILVA

JALICO, ENTRE CUADERNOS Y FIERAS

Aél le gustan las aventuras, explorar el mundo que lo rodea, las montañas, cerros y quebradas, conocer a los animales que los habitan. Es amigo de sus amigos, pero, sobre todo, ama entretenerlos horas y horas contándoles las maravillas que descubre cada vez que se ausenta por largos períodos. Seguro tú también has conocido a alguien como Alí, el protagonista de *Jalico, entre cuadernos y fieras*, alguna vez, en alguna parte.

AQUILES SILVA (Valle Guanape, estado Anzoátegui, Venezuela, 1956)
Se inicia en la escritura de poemas a los doce y escribió su primer cuento a los catorce años. Colaborador permanente de periódicos estudiantiles y reivindicativos de las justas reclamaciones campesinas de Valle Guanape y San José de Guaribe. Director, actor y dramaturgo desde el año 1975 hasta el presente. Dibuja, teje y pinta. Ha publicado: *Ventanas y Vuelos* (poesía) en el Fondo Editorial Ipasme, 2009. Poeta homenajeado en el estado Anzoátegui en el IX Festival Mundial de Poesía. También ha sido participante habitual en distintas ediciones de dicho Festival. Escritor de cuentos, fábulas, crónicas y poesía. Tiene una extensa obra inédita en proceso de sistematización. Animador cultural y narrador de cuentos. Investigador sobre la oralidad como valor cultural de nuestros pueblos. Facilitador desde su inicio del taller de la Escuela Nacional de Poesía Juan Calzadilla, en Valle Guanape, Anzoátegui. Con *Jalico, entre cuadernos y fieras*, resultó ganador de la II Bienal Nacional de Literatura Infantil y Juvenil Carmen Delia Bencomo, mención Narrativa infantil y juvenil, 2025.

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

ISBN: 978-980-012-609-7

Ministerio del Poder Popular para la
CULTURA
VENEZUELA

www.mincultura.gob.ve | @mincultura_ve